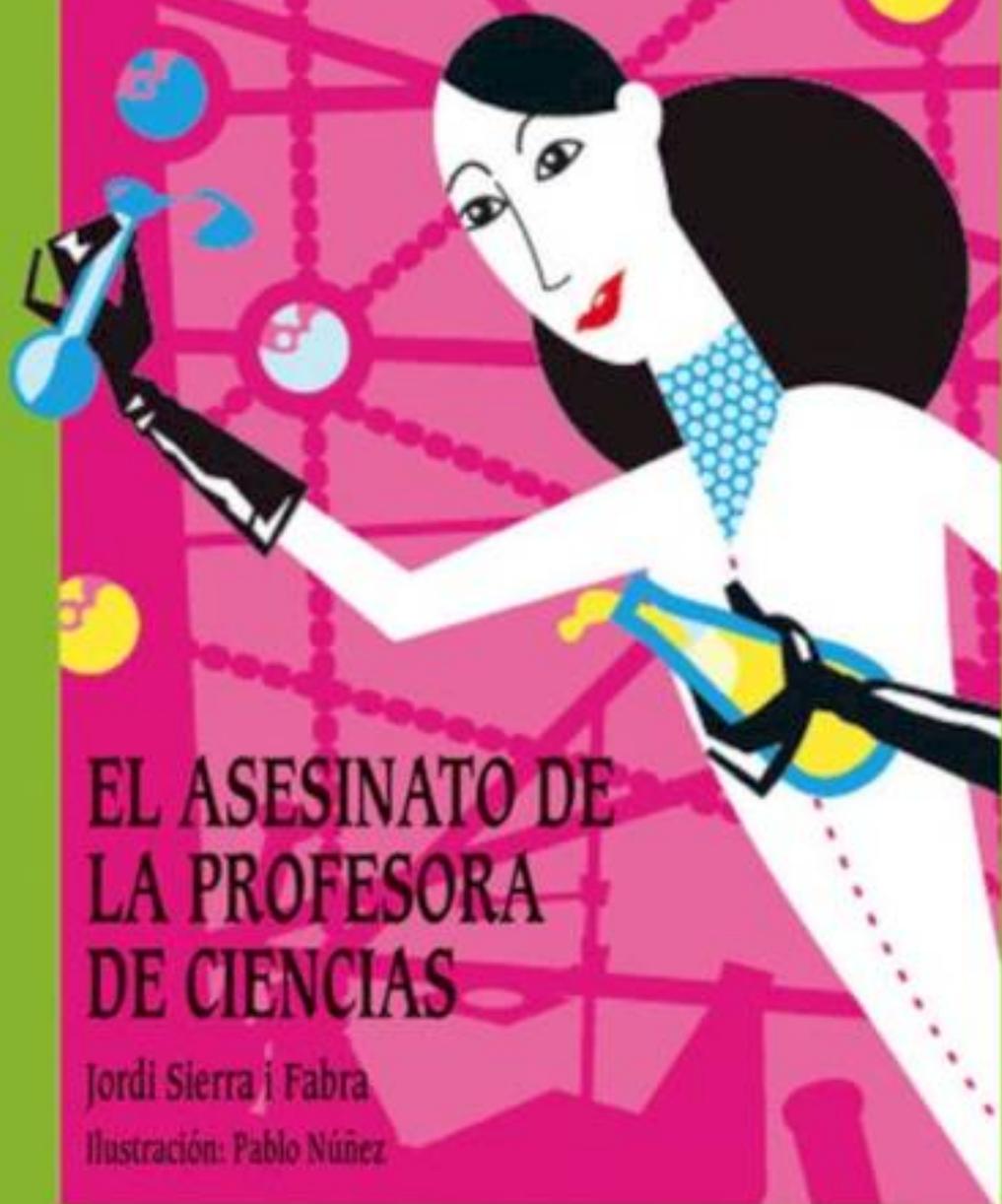




EL DUENDE VERDE



# EL ASESINATO DE LA PROFESORA DE CIENCIAS

Jordi Sierra i Fabra

Ilustración: Pablo Núñez

Después de que un grupo de alumnos vuele por los aires el laboratorio de ciencias, de forma accidental, la profesora Fernanda decide darles una lección para demostrarles lo importantes que son la física y la química. Les hará beber un extraño líquido y les dejará un mensaje: tendrán que seguir una serie de pistas para encontrar el antídoto, pero deberán hacerlo antes de las dos de la tarde, o algo terrible ocurrirá.

Jorge, Petra y Max recorrerán toda la ciudad buscando y resolviendo los acertijos para salvar su vida, y es que ya sabían ellos que el accidente terminaría pasándoles factura, aunque jamás pensaron que de forma tan dramática.

## Querido lector

Comencé a «matar» profesores hace ya años. Matemáticas, Lengua, Música... No podían faltar en esta serie de crímenes «académicos» las ciencias. Cuando yo estudiaba eran dos asignaturas diferentes que se hacían en dos cursos, quinto y sexto de bachillerato.

Y fue en química donde, a fin de cuentas, conseguí mi única matrícula de honor.

La historia tiene su miga. La profesora era una señora muy guapa. Al empezar el curso, leyó la lista de alumnos y dijo: «Tal y tal, aprobaréis sin problemas, y si os esforzáis, sacaréis nota. Tal y tal, lo tenéis más difícil, pero depende de vosotros. Y por último, tal, tal y... Sierra, vais a suspender, porque esto no es lo vuestro».

¡Me dijo al empezar el curso que iba a suspender!

Yo me levanté y, muy serio, le dije que no solo iba a aprobar, sino que tendría que ponerme matrícula, a lo cual ella puso cara de no creérselo ni loca, y ahí quedó la cosa.

Pasé tooodo el curso estudiando como un loco. Una auténtica pasada. Y en junio saqué el 10, lo cual me dio derecho a un examen personal para matrícula que aún tengo en la memoria: todo fueron fórmulas de jabones. Pero lo conseguí.

Este libro está escrito en honor de aquella señora a la cual derroté.

## Capítulo H

(El hidrógeno es el elemento n.º 1)

**V**OLAR el laboratorio de ciencias fue accidental. Todos sabían que mezclar potingues podía producir una explosión. Todos. La profesora Fernanda la primera. De hecho se lo había dicho el primer día de clase:

—Cuidado, en la vulgar vida cotidiana que creéis que es la real, un líquido de color amarillo es una limonada y uno de color naranja una naranjada, pero en el universo de la física y la química no es así. Se mezclan dos líquidos en apariencia inofensivos y ya la hemos liado: ¡Bum!

Fue muy gráfica al decirlo. Unió los dedos de las dos manos hacia arriba y los abrió fingiendo una explosión.

Desde ese momento, las clases prácticas de ciencias fueron especiales. Unos se divertían viendo lo que pasaba al jugar con los elementos y mezclar cosas, otros investigaban movidos por la curiosidad. Pero los más, en el fondo, esperaban algo como lo que al final sucedió. El ¡bum!

Jorge y sus dos socios, Petra y Max, eran los candidatos a liarla. Siempre juntos, siempre con la cabeza en las nubes, siempre dispuestos a soltar unas risas y pasarlo bien, en el fondo estaban seguros de que las ciencias no servían para nada. El mundo ya estaba hecho, y lo que le pasara al universo, dentro de uno o diez millones de años, era lo de menos. Del *Big Bang* al *Big Down* había muuucho tiempo de por medio. La profesora Fernanda se desesperaba ante su falta de entusiasmo y su total pasotismo por las maravillas de lo que, ella, consideraba como la base de todo. Por supuesto hasta de la misma vida.

—¡Las ciencias, la física, la química, eso es lo más esencial de la vida! —repetía—. ¡Todo son ciencias! ¡Todo es física y química! ¡No hay nada más importante!

Jorge la provocaba astutamente.

—Oiga, pues el profesor de matemáticas dice lo mismo.

—¿Matemáticas? ¡Ja! ¿Qué queréis que os diga el cabeza cuadrada de don Crispulo? ¿Matemáticas? —repetía la palabra como quien pronuncia el nombre de una enfermedad contagiosa—. ¡Las matemáticas fueron después, para interpretar con números todo lo que la física y la química habían creado! ¡Estamos hechos de física y química! ¿Cómo creéis que nos enamoramos?

Leonor, la romántica de la clase, había puesto ojos de ensueño.

—Pues nos enamoramos cuando vemos a alguien que nos gusta, y cuando su voz nos estremece, y cuando ya no comemos ni dormimos, y cuando en su mirada descubrimos ese dolor de estómago que te quita la respiración y...

—¡Tonterías! ¡Nos enamoramos porque las feromonas se disparan de golpe, interactúan y provocan una reacción con las de la otra persona!

—¿Las fero... qué? —preguntó Blas.

—¡Las feromonas, cabezas de chorlito! ¡Los cinco sentidos unidos en un fin común, disparando una reacción física gracias a la química interna de cada uno! Mirad, os pondré un ejemplo: un chico entra en una discoteca y en la barra hay diecisiete chicas distintas. Así, de buenas a primeras, él se fija en la segunda de la derecha, que es la más alta, la más guapa, la que tiene más de todo, cabello, ojos, cuerpo... Pero, de pronto, ¡zas!, se siente atraído por la tercera de la izquierda, que ni es la más alta, ni la más guapa ni tiene tanto como la otra. Una le entra por los ojos, pero la otra le entra por los sentidos. Y lo quiera o no, se acercará a la segunda.

—¿Y si ella no tiene las feromonas esas en sintonía? —insistió Rodrigo.

—¿Y si mañana es viernes en lugar de miércoles? —se había enfadado la profesora.

—Pero eso es muy poco romántico —se desesperó Leonor.

—¡Al contrario, es romántico a tope, al máximo! ¡Una fuerza telúrica nos estalla en todo el cuerpo, nos sacude la mente, y es imparable, no hay nada que hacer, nadie puede resistírsele! ¡Si no fuera por las feromonas, no nos enamoraríamos, seríamos zombis sin alma! ¡No puede ser más romántico!

Eso había sido la discusión sobre el amor.

Pero había más.

De hecho salían a discusión diaria, porque la provocaban de lo lindo. Jorge el primero.

Le encantaba.

—Profesora, ¿se llama ácido sulfúrico porque se sulfura mucho? —decía un día.

—Profesora, un kilo de hierro y un kilo de plumas caerán igual, pero no me diga que si te da en la cabeza el de hierro es lo mismo que si te da el de plumas —soltaba el otro.

Y así, día a día.

Por eso no tuvo nada, pero nada de extraño, que Jorge volara el laboratorio.

Accidentalmente, claro.

Si hubiera estado atento a la clase. Si hubiera oído lo de las «precauciones» al manipular aquellos dos potingues. Si hubiera tenido un mínimo de cabeza. Si hubiera mostrado un poco de sentido común. Si...

Demasiados «sies».

—Vuelvo en seguida —había dicho la profesora.

Jorge cogió el líquido azul.

Maquinalmente, casi sin darse cuenta, como quien hace circulitos con el boli o pinta flores mientras escucha a un profesor, lo vertió sobre el rojo.



Empezó a salir humo.

Petra y Max fueron los primeros en darse cuenta.

—¿Qué haces? —dijo ella.

—A ver si la lías —dijo él.

Pero ya estaba liada.

El líquido resultante ya no era ni azul ni rojo, sino más bien... verdoso. Algo la mar de raro. Verdoso tirando primero a violeta, luego a marrón y finalmente a negro.

Negro negrísimo.

—Ay, ay, ay. —Se apartó Max.

—Esto no me gusta nada. —Tragó saliva Petra.

Los demás de la clase de dieron cuenta de que algo sucedía, porque el humo empezó a hacerse notar. El líquido de la probeta, además, se puso a soltar burbujitas, a hervir sin fuego.

Y llegó la guinda.

Jorge le echó una jarra de agua.

En lugar de «apaciguar» la reacción, lo que hizo fue...

En fin, tuvieron el tiempo justo de salir de allí, todos, los quince, a escape.

La profesora Fernanda oyó la explosión desde el cuarto de baño.

El resto del colegio se vio sacudido por el impacto.

Muchos se cayeron de sus asientos. Otros se sujetaron a las paredes pensando que era un terremoto.



Cuando llegaron al laboratorio, se encontraron con quince chicos y chicas en el pasillo, un poco chamuscados, ridículamente tiznados y con unas terribles caras de asombro en las que los ojos parecían dos lagos blancos.

Más allá de la puerta... nada.

La señora directora se desmayó. El profesor de matemáticas, don Crispulo, se quedó tal cual. La profesora Fernanda cerró los puños y les miró.

De feromonas, en ese momento, pocas, por no decir ninguna.

Se adivinaba en su cara que lo que más quería era, sencillamente, matarles.

Sin necesidad de ciencia.

## Capítulo He

*(El helio es el elemento n.º 2)*

**A** los quince responsables los reunieron en el comedor. Una vez lavadas las caras, eso sí, para reconocerlos.

Se sentaron en las sillas en silencio, sin querer mirarse unos a otros, culpables e inocentes a partes iguales, porque en el fondo, quien más quien menos, había soñado aquello.

Los listos de la clase, Luisa, Matías, Gerardo y Lucía, miraban a Jorge con acritud.

Petra y Max, en cambio, se solidarizaban con él.

—Tú no podías saber nada.

—Ha sido mala suerte.

—A lo mejor has descubierto un nuevo explosivo y te forras, como le pasó al Nobel ese que inventó la dinamita.

—¿Recuerdas qué líquidos eran y cuánto había de cada?

Jorge no quería hablar.

Se le iba a caer el pelo.

Solo con que uno de la clase le acusara, adiós. Su padre le mataba. Se lo había dicho:

—Un suspenso más y te mato.

A veces había que creer en los padres.

El de Jorge, calvo, decía que estaba hasta el gorro de él. Y eso que nunca había llevado sombrero, y menos gorro o gorra.

La profesora de ciencias apareció en el comedor cinco minutos después más... tranquila.

Aunque sus ojos lo decían todo.

—Sé que no vais a decirme quién ha sido porque sois compañeros y solidarios —empezó a hablar—. Pero la habéis hecho buena.

Se miraron entre sí.

Caray, en lugar de preguntar directamente quién había sido, les daba el argumento perfecto para no hacerlo: apelar a su solidaridad como compañeros.

La profesora Fernanda era rara.

Se decía que, de joven, había sido un alma libre con un temperamento libre.

No estaban muy seguros de lo que significaba eso.

—Yo... —abrió la boca Luisa.

A su derecha, Jaime le dio un codazo. A su izquierda, Matilde le dio un codazo. Se quedó sin aliento, en plan bocadillo al que han dado dos mordiscos de golpe.

—Chicos, chicas, no os entiendo, en serio —suspiró la profesora—. En lugar de disfrutar con lo que hacíamos, de verle el lado bueno más allá de que sea una asignatura que hay que aprobar, vais y os cepilláis algo tan bonito y mágico como ese laboratorio.

Todos bajaron los ojos al suelo.

—Si de niña hubiera tenido un laboratorio para hacer experimentos... —volvió a suspirar ella—. Ah, es tan fantástico jugar con la naturaleza de los elementos.

Todos estaban seguros de que la cortina de su baño estaba dibujada con la tabla periódica de los elementos<sup>[1]</sup>, como en casa de Sheldon y Leonard de *Big Bang Theory*. Esa tabla era su norte, su guía, su santo y seña global. Decía que todo el mundo debería llevarla encima, como el documento nacional de identidad.

—En fin... —Levantó los brazos al cielo, como si se resignara—. Supongo que es como hablarle a las piedras.

Los listos de la clase se picaron mucho y miraron al responsable del lío con cara de enfado.

Jorge estuvo a punto de levantarse, valiente, y dar la cara.

No era un cobarde, ni rehuía su responsabilidad.

Pero Petra se lo impidió.

Max movió la cabeza de lado a lado, para disuadirle.

Estaban todos metidos en ello.

—¿Sabéis que es esto? —La profesora escribió una fórmula en la pizarra del comedor, porque allí había pizarras en todas partes.

$$X^2+X^2 = Y(\beta 1-Y)^3$$

Se quedaron a cuadros.

—Aunque parezcan matemáticas, para mí no lo son —dijo ella—. Esta es la fórmula del limón en el arte. Es decir, que este galimatías representa a un limón.

Ninguno habría dicho que un limón pudiera representarse mediante una fórmula. Y encima que eso fuera... arte.

Se hizo el silencio.

—¿Sabéis cuál es vuestra fórmula?

El silencio se hizo más espeso. Y la profesora Fernanda escribió en la pizarra una enorme:

X



—Sois una incógnita. Eso es lo que sois. Si no os resolvéis a vosotros mismos, acabaréis siendo experimentos fallidos, que es lo peor que le puede suceder a un ser humano. Llegaréis al final del camino sin saber nada y os convertiréis de nuevo en lo que fuisteis al comienzo: polvo de estrellas; pero sin haber brillado con vuestra propia luz.

Dicho esto, empezó a andar hacia la salida del comedor.

Se detuvo al llegar casi a la puerta, se dio la vuelta y les apuntó con un dedo acusador:

—Bien, que sepáis que vamos a reconstruir ese laboratorio, pieza a pieza, como sea, como podamos, pero lo haremos. Y si hay que meterse en los contenedores de la calle para buscar lo que necesitamos, a meterse, ¿de acuerdo?

Asintieron con la cabeza.

Parecía que todo estaba dicho y hecho.

Fueron a sus casas, no dijeron nada a sus padres, durmieron, pero al día siguiente...

Nada era igual.

La profesora de ciencias, antes siempre contenta y feliz, radiante y llena de vitalidad, de pronto parecía una tumba, seria, triste, con la luz de sus ojos oculta bajo una enorme pátina de dolor.

La profesora Fernanda adoraba su laboratorio.

¿Tenía arreglo? Pues sí, pero a base de trabajar mucho, y duro, y por supuesto comprar algunas cosas nuevas. Y con lo mal que estaban de presupuesto...

Todos acusaban a Jorge.

—Por tu culpa.

—Mira que eres bruto.

—Tampoco es tan mala tía. Rara, con sus feromonas y todo eso, pero legal.

—¿Qué haremos?

No tenían ni idea.

Pero, desde luego, la profesora Fernanda maquinaba algo.

Bastaba con mirarla a los ojos.